Clase 20

**Unidad IX**

**Escatología**

**El misterio del mal**

**El problema del mal.**

Santo Tomas de Aquino (1225-1274) trata el tema del mal recordando que Dios creo un mundo perfecto en su totalidad. Por lo tanto el mal en el mundo no viene de Dios.

Dios es perfecto, en toda su esencia, por eso no puede crear el mal ya que si lo hiciera seria imperfecto y limitado, y si esto es así seria mortal como cualquier criatura terrestre y esto no podría ser así.

**Mal:** es una privación, ausencia de algo bueno. Es *no bien*.

Por lo tanto el mal no es algo absoluto, siempre se sitúa dentro del contexto de algo bueno.

San Agustín (354-430) plantea: Dios por ser sumo bien, nunca permite que hubiera algún tipo de mal en sus obras, a no ser que de ese mal surja con el tiempo algo bueno. Esto pertenece a la infinita bondad de Dios que **permite** el mal para sacar de este algún bien.

Como hecho objetivo el mal no existe, sino como hecho subjetivo. Se puede ver en tres áreas:

* Mal metafísico: Dios es la causa del materia del mal que es en lo positivo, pero no de lo formal que es la privación.
* Mal moral: Es el pecado del hombre.
* Mal físico: proviene de la estructura de la naturaleza como sea un terremoto, un tsunami.

Las cosas no son malas en si misma, sino por causa de su relación con otras cosas o personas. Todas las realidades son buenas en si misma. Si producen resultados malos es solo condicionalmente. Por lo tanto la ultima causa del mal es buena.

El mal actúa como contrapeso del desorden que causa el pecado y la mala voluntad de los seres creados.

El mal sin ser creación de Dios ayuda a la perfección de su obra.

*Ejemplo:*

* si no hubiera ningún acto malo, no habría ningún espacio para la paciencia y la justicia.
* Si no hacemos malas acciones no existiría la palabra libertad y el perdón de Dios no seria necesario.

El mal forma parte del plan universal de Dios, que tiene pensado en su providencia un bien mayor.

El mal es algo accidental, una privación, desde lo moral depende de la voluntad humana, es libre.

**Catecismo de la iglesia católica (309)**

Si Dios es todopoderoso ¿Por qué existe el mal?

No es simple de responder. Dios en su amor llama a que el hombre le responda todos los días con ser bueno, pero libremente a veces no lo hace y lo rechaza. Rechaza el bien.

Si bien Dios puede crear el mundo perfecto, lo creo libremente en “estado de vía” hacia su perfección ultima. Esto trae la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros, junto con lo mas perfecto, también lo menos perfecto.

Por lo tanto con el bien físico que existe, también aparece el mal físico, hasta que la creación logre la perfección.

**Aristóteles ( 384 ac-322 dc) nos dice:** el mal no existe en si, sino junto a otra cosa. El hombre esta echo de tal forma que solo desea el bien, esta ligado al bien y busca la felicidad. Solo por accidente al buscar el bien aparecen en el camino elementos malos.

El mal nace del bien y no existe sino en función de el.

**Santo Tomas nos dice**: el mal por mas que crezca y se multiplique nunca agotara el bien.

Otros autores dicen que existe el mal ya que el hombre tiene libertad y que hay hombres que buscan el mal de otros.

La ultima petición de Padre Nuestro dice: “líbranos del mal” (catecismo n°: 2850). Este mal esta designado a una persona concreta, el **diablo.**

¿Quién es el **diablo**?

* Significa: el que divide.
* Homicida desde el principio.
* Mentiroso, padre de la mentira.
* Es aquel por medio del cual el pecado y la muerte entran en el mundo.

Al pedir ser liberado del diablo oramos para ser liberados de todo los males pasados, presentes y futuros.

**Causa del mal**

En realidad el mal no tiene una causa que tiende por naturaleza y directamente a su producción. Santo Tomas dice que la causa del mal es el bien.

Puede proceder de dos maneras:

* Como un simple accidente de una obra buena que genera un eco malo.
* Por deficiencia, como por ejemplo cuando una medicina esta en mal estado.

**Causa del mal moral:** se da cuando un hombre que posee libertad yerra en su obrar que lo hace como un bien pero en realidad es un bien aparente ya que viene atraído un mal.

**La inmortalidad del alma a la luz de la razón**

La fe nos dice qué sucede exactamente después de la muerte, pero con la sola razón podemos demostrar que no todo termina con la muerte. Ya Platón, hace 24 siglos, demostró que nuestra alma es inmortal: incorruptible e indestructible. San Agustín y Santo Tomás de Aquino recogen sus argumentos y los perfeccionan.

En general, esos argumentos se apoyan en la naturaleza espiritual del alma humana. Si conseguimos mostrar que en el hombre no todo es materia —como sostiene un materialismo—, si el hombre es capaz de trascender la materia por ser mucho más que un simple animal algo más sofisticado, si en la persona humana hay una realidad más anclada en el ser que la materia, concluiremos que el alma es incorruptible, es decir, que el futuro de esta realidad espiritual presente en nosotros no se rige por las leyes de la materia. La materia sufre cambios sustanciales (la madera quemada, por ejemplo, pasa a ser otra cosa: ceniza), mientras que el alma no es una sustancia contingente, sino necesaria. El único devenir posible de una sustancia de naturaleza espiritual es la aniquilación, algo que, en principio, el Dios nunca hace. Al contrario que la materia, el alma es simple: no se puede destruir.

En el hombre conviven realidades corporales (hambre) y espirituales (inteligencia que abstrae y voluntad libre). No somos ni animales ni ángeles, sino una mezcla de ambos. Ambas dimensiones están íntimamente unidas. Por un lado, si te pegan una torta, aparte de dolerte la cara y el corazón, sientes que se atenta contra tu dignidad, o si no duermes lo suficiente, eres incapaz de reflexionar. Por otro lado, si te “duele” el alma, el cuerpo lo exterioriza, por ejemplo con dolor de cabeza. La unidad de la persona humana es impresionante. Como observa Thibon, «la operación más groseramente carnal —por ejemplo el acto de comer— implica un cierto consentimiento y una cierta delectación del espíritu; y, recíprocamente, la más noble actividad espiritual se apoya sobre un mínimo de resonancia sensitiva».

Esta perfecta unidad de la persona humana sólo ha sido explicada satisfactoriamente —sin caer en dualismos— por la filosofía aristotelico-tomista. Según ésta, el alma es forma del cuerpo; necesita del cuerpo para expresarse y obtener datos a través de los sentidos, aunque, de por sí, es una sustancia subsistente (capaz de existir con independencia del cuerpo y, por tanto, incorruptible o inmortal).

Algunos expertos en neurología, influidos por prejuicios reduccionistas, afirman que somos animales más evolucionados. Su materialismo no logra explicar la conciencia y pensamiento del ser humano. Se apoyan en una especie de creencia según la cual llegará un día en que sabremos explicarlo todo de modo científico. Ciertamente no conocemos suficientemente el funcionamiento del cerebro, pero nuestros 20.000 millones de neuronas y 1.600 billones de conexiones entre ellas no podrán jamás explicar nuestras habilidades intelectuales y volitivas. Nuestra mente es superior a un ordenador de gran capacidad. También hay expertos en neurofisiología —Wilder Penfield o premios nóbeles como John Eccles y Charles Sherrington— que defienden posiciones no materialistas. Como afirmó Roger Sperry (Nobel de Medicina en 1981 por sus estudios de las funciones especializadas del cerebro humano): *«nuestra interpretación de los hechos tiende a devolver a la mente su antigua posición privilegiada sobre la materia, porque muestra que los fenómenos mentales trascienden los de la fisiología y la bioquímica*».

En filosofía, el camino más sencillo para mostrar la espiritualidad del alma consiste en estudiar sus dos potencias: intelecto y voluntad. En cuanto al intelecto, veamos tres aspectos que serían imposibles si éste fuese meramente material: la capacidad de abstracción, la universalidad de los conceptos que pueden ser abstraídos y la autorreflexión.

Ya la simple capacidad de abstracción presupone espiritualidad. Los animales no trascienden el ámbito de lo particular. Tienen un sentido interno (la estimativa) que les permite sacar lecciones de la experiencia, pero no tienen capacidad de abstracción. Recuerdo una conferencia de Jerôme Lejeune (el que descubrió en Genética el síndrome de Down) en la que preguntaba: «¿Se imaginan ustedes un congreso filosófico de chimpancés intentando dilucidar la esencia del “ser chimpancé”?». Ya lo decía Chesterton: «Hay gente intentando demostrar con su inteligencia que con su inteligencia no se puede demostrar nada». «El conocimiento de la verdad —sintetiza Joseph Pieper—, a pesar de sus condicionamientos orgánicos, es un fenómeno íntima y naturalmente independiente de todo término material. Esto es reconocido, de hecho y por la evidencia de la misma cosa, por todos los hombres, tanto por los que lo saben, como por los que no lo saben, en incluso por aquellos que lo niegan expresa y formalmente».

Aparte de inducir conclusiones universales a partir de datos particulares, podemos abstraer un número ilimitado de objetos. Si nuestro intelecto se redujese a las neuronas del cerebro, su capacidad sería necesariamente reducida. En todo disco duro de un ordenador cabe una cantidad limitada de información. Sin embargo, podemos abstraer una infinidad de objetos diversos.

Más llamativa aún es nuestra capacidad de autorreflexión. Puedo ahora pensar sobre mi pensar de mi pensar... Si mi intelecto fuese material no podría volverse de modo inmediato sobre sí mismo. Mis ojos, por ejemplo, al ser materiales, pueden ver cualquier cosa menos a sí mismos de modo directo (en un espejo, sí). La materia siempre está extendida en el espacio: no puede volver sobre sí misma. Sen cambio, el hombre usa su intelecto para discurrir sobre su intelecto...

Otro tanto podría decirse sobre la voluntad. Sabemos por experiencia que, a pesar de las circunstancias, la última decisión siempre es nuestra. Si el hombre, a pesar de sus condicionamientos, es libre, podemos trascender la materia. No me imagino a un animal haciendo una huelga de hambre. Un animal se conduce siempre por sus instintos. Si está hambriento y, fuera de peligro, ve comida, siempre va a por ella. En cambio, un hombre firmemente decidido, es capaz de no apartar la mano del fuego, por mucho que todas sus neuronas estén transmitiendo órdenes a los músculos para retirar la mano.

Muchos autores que han pretendido negar la libertad humana como modo de evitar la responsabilidad personal. Contrariamente a lo que decía, por ejemplo, Skinner, fundador del conductismo, la experiencia muestra que el hombre es su último determinante: que nuestra libertad es limitada pero real. En una novela, una catedrática de biología dice a propósito de su novio: «En ocasiones, justifica a los demás casi hasta el punto de negar que son responsables de sus actos. Yo creo en el libre albedrío y no niego la influencia de la genética y del entorno (¿cómo podría un biólogo negar eso?, y estoy segura de que estamos programados biológicamente para hacer muchas de las cosas que hacemos. Sin embargo, aun dentro de esos límites, creo que podemos elegir. La idea de que el destino nos dirige, y de que somos incapaces de oponer resistencia o alterar nuestro rumbo, me suena a excusa».

El hombre es capaz de actuar de modo contrario a todas las expectativas lógicas. Una prueba fáctica de la existencia de la libertad es la conversión personas depravadas. Frankl cuenta al respecto el caso del Doctor J., destacado miembro de las SS. Fue llamado “el asesino de masas de Steinhof” (un hospital psiquiátrico de Viena), porque no paró hasta llevar a las cámaras de gas a todos los enfermos psiquiátricos de ese hospital vienés. Años después, Frankl se enteró de que había muerto como un santo. Alguien que había coincidido con ese alemán durante años de cautiverio en Rusia le contó a Frankl que el Doctor J. había sido su mejor amigo. La poca comida que les daban la repartía entre sus compañeros de prisión. Se desvivía por todos.

Aparte de la filosofía y de la Revelación, ¿existen más fuentes para saber algo sobre la vida en el “Más allá”? Existen testimonios serios acerca de difuntos a quienes Dios permite comunicarse de forma objetiva con personas vivas. Que cada uno juzgue por sí mismo.